



Igor Mischiyev: proyecto de la instalación en la galería Javier López, 2005.



Bernardí Roig: Acteon, 2004. Figura en resina de poliéster en tamaño real y luz fluorescente.

IGOR MISCHIYEV

JAVIER LÓPEZ

MANUEL GONZÁLEZ LONGORIA, 7. MADRID

11 MAYO AL 16 JUNIO

Con esta tercera individual de **Igor Mischiyev** (Moscú, 1966), podemos comprobar cómo la ya de por sí alta complejidad y sutileza de sus primeros trabajos continúa en aumento, en paralelo con un afianzamiento de su repertorio procesual y de intereses. En su trabajo emplea fotografías retocadas digitalmente, donde las fronteras entre arquitectura y diseño con la disciplina de la imagen no parecen estrictas; al tiempo, la sala de exposición adquiere un carácter ambiental a partir del “fundido” y expansión del papel pintado, o las cajas de luz que acentúan la proyectividad. Desde aparcamientos subterráneos, convertidos al formato estándar de espacios de almacenaje mediante el borrado de sus rasgos diferenciales, pasando por ventanas simuladas que, abiertas, permiten recomponer imaginariamente las aberturas de su propia vivienda en Moscú, hasta llegar a sus vídeos y construcciones escultóricas de vaga referencia bauhausiana, Mischiyev inquiera con notable lucidez acerca de las condiciones artificiales, no siempre acogedoras, de nuestro mundo contemporáneo. Ó.A.M.

BERNARDÍ ROIG

MAX ESTRELLA

SANTO TOMÉ, 6 PATIO. MADRID

MAYO

Hace años que **Bernardí Roig** (1965) consolida un imaginario privado, donde priman los efectos contrastantes propios del barroco, hasta el punto de determinar sus trabajos. Así, enfrentados al más leve matiz podemos verle contraponer bronca y ásperamente otros elementos formales o conceptuales, sin que por ello el protagonismo caiga del lado de estos últimos. O cómo, frente a la escenografía un tanto grandilocuente de sus dramáticas instalaciones y esculturas (intensidad de unos ambientes o cuerpos calcinados, donde irrumpe el sentido del lujo y del luto para llenarlos de elocuencia), el artista cultiva aún la sutileza de un dibujo aéreo y apenas insistido que, en sus mejores momentos, con apenas nada, consigue transportarnos al perturbador mundo de los acordes inarmónicos, la enajenación y la descomposición del yo. Mundo, pues, de obsesiones e imágenes que no se olvidan éste de Bernardí Roig, quien en blanco y negro, con cenizas y negro de humo concibe un espectáculo terrorífico, incómodo y desasosegante, donde nunca reposar nuestra conciencia. Ó.A.M.